

El Príncipe: reflexiones sobre el método y los principios políticos de Maquiavelo

Eduardo José Torres Maldonado*

“...haga, pues, el Príncipe lo necesario para vencer y mantener el estado y los medios que utilice siempre serán considerados honrados y serán alabados por todos..”.

Nicolás Maquiavelo

Poco me importa, pues el éxito justifica todas las causas.

Napoleón Bonaparte

Es una creencia popular que, en el libro *De Principatibus*, Nicolás Maquiavelo creó la sentencia “el fin justifica los medios”. Dicha creencia no es exactamente correcta, como esta investigación explica. Reflexiones profundas sobre el contexto histórico, la cosmovisión y la biografía de Maquiavelo son también resaltadas, así como los hallazgos del investigador sobre la relación congruente entre teoría y práctica política en el autor de *El Príncipe*. El objeto principal de este artículo es ofrecer algunas reflexiones acerca del método y principios políticos selectos que Maquiavelo sugiere como los principales ejes de la ideología y la *praxis* en la obtención y conservación del poder, con independencia de que el autor de este artículo no coincide necesariamente con todas las recomendaciones y principios maquiavélicos en el campo de la política.

It is a common popular belief that, in De Principatibus, Niccolò Machiavelli created the expression “the end justify the means”. This belief is not precisely right, as this research explains. Deep insights into Machiavelli’s historical context, cosmovision and biography are also highlighted, along with the researcher’s findings about congruency between political theory and praxis in the author of The Prince. Indeed, the main purpose of this research opera is to offer some reflections about the method and selected political principles that Machiavelli suggests as main axes of ideology and praxis in politics, although the researcher does not necessarily agree with all maquiavelic recommendations in the field of politics.

SUMARIO: Introducción / I. Breves reflexiones sobre el contexto de *El Príncipe* / II. Naturaleza humana, método y algunas circunstancias de la obra / III. Reflexiones sobre algunos principios políticos de *El Príncipe* / Bibliografía

* Profesor – Investigador Titular “C” de Carrera, por Oposición, de Tiempo Completo, del Departamento de Derecho de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Investigador Nacional del Sistema Nacional de Investigadores - CONACYT.

Introducción

Suele atribuirse a Niccolò di Bernardo del Machiavelli, mejor conocido como Nicolás Maquiavelo, la frase “*el fin justifica los medios*”, lo cual es, al menos, inexacto. Es común también encontrar estudios o ediciones de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo sin que ambos consideren con mayor detenimiento y profundidad su biografía, cosmovisión y contexto histórico, así como las diversas obras de Maquiavelo. Importante materia de estudio es, también, la congruencia necesaria entre teoría y *praxis* política de Maquiavelo, y el desarrollo de una reflexión crítica sobre el método y los principios políticos de la obra *De Principatibus*.¹

Diversos autores y personajes políticos se han ocupado del estudio de *El Príncipe*, y algunos gobernantes famosos como Napoleón Bonaparte² se han detenido a hacer comentarios sobre la obra mencionada.

Napoleón Bonaparte, por ejemplo, es aún más calculador, lapidario y glacial en sus comentarios respecto a las reglas políticas que debe seguir el gobernante, que el propio Maquiavelo. Observamos, por ejemplo, que mientras Maquiavelo reflexiona con prudencia sobre los casos en los cuales el gobernante debe usar todos los elementos del poder a su alcance para conseguir sus pretensiones y satisfacer sus intereses, Napoleón por lo contrario, no duda en recomendar y aplicar, tajantemente y sin dilaciones, las medidas más directas para la consecución de sus fines políticos.

Así mismo, Benito Mussolini, el polémico líder fascista de Italia³ en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial,⁴ se dio el lujo de escribir también un Prefacio a la obra *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo.⁵ Mussolini llegó a considerar al libro *De Principatibus* como una de sus obras maestras a seguir en la *real politik*.⁶ Sin embargo, al igual que Napoleón, y siendo un lector asiduo de dicha obra, Benito Pablo Mussolini se da el lujo de escribir sus comentarios sobre uno de sus libros preferidos, haciendo gala de su megalomanía y su ausencia evidente de principios sistémicos que orientaran su visión y actuación ético-política.⁷ Debe reconocerse, sin embargo, que ni Mussolini, ni Napoleón, fueron teóricos de la política, sino eficientes guerreros gobernantes, calculadores y pragmáticos, e instintivos líderes político-militares.⁸

¹ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Gernika, México, 1997, p. 7.

² Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, comentado por Napoleón Bonaparte, seguido de *Antimaquiavelo*, de Federico II, corregido por Voltaire, trad., estudios prelims. y notas Juan B. Bergua, Ediciones Ibéricas, Madrid.

³ Renzo de Felice, *Mussolini il fascista*, Einaudi, Turín, 1995.

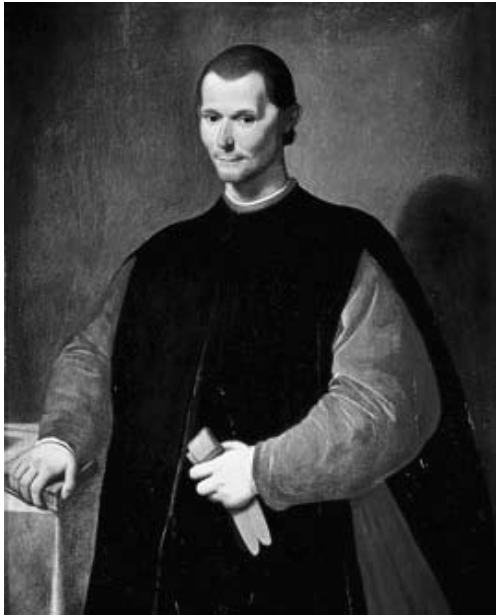
⁴ Renzo de Felice, *Mussolini il rivoluzionario (1883-1920)*, Einaudi, Turín, 1995.

⁵ Renzo de Felice, *Mussolini l'alleato (1940-1945)*, Einaudi, Turín, 1995.

⁶ Aurelio Lepre, *Mussolini l'italiano: il duce nel mito e nella realtà*, Laterza, Milán, 1997.

⁷ *Loc cit.*

⁸ La biografía de Benito Amilcare Andrea Mussolini (llamado Benito en honor al presidente de México Benito Juárez, por la admiración del padre de Mussolini al Benemérito de las Américas), así como diver-



Es común también encontrar estudios o ediciones de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo sin que ambos consideren con mayor detenimiento y profundidad su biografía, cosmovisión y contexto histórico, así como las diversas obras de Maquiavelo.

Voltaire,⁹ por otro lado, ha escrito también un Prefacio sobre *El Príncipe*, con la vistosidad cultural de la “Ilustración”, y el quehacer propio de los intelectuales críticos de la Francia de su época.

Por su parte, Federico II, “El Grande”, de Prusia¹⁰ escribe, convencido, su “Antimaquiavelo”. En México, el constitucionalista Elizur Arteaga Nava hace estudios importantes sobre *De Principatibus*,¹¹ así como una reflexión analítica original sobre el atractivo tema de “La Constitución comentada por Maquiavelo”.¹² Así mismo, también en México, José Luis Orozco, y otros autores, han aportado reflexiones interesantes sobre la política pragmática y el pensamiento maquiavélico.¹³

La obra *El Príncipe* de Maquiavelo ha llamado constantemente la atención de varios escritores y analistas. Diversos autores, en múltiples idiomas también han escrito traducciones, ensayos, prefacios, y comentarios sobre dicha

obra. Entre ellos, por mencionar algunos, no pueden dejar de citarse los trabajos de Antonio Gramsci;¹⁴ las traducciones de Luigi Ricci y la introducción de Christian

sas facetas y opiniones de Benito Amilcare demuestran la influencia del pensamiento maquiavélico en diversas opiniones y acciones.

⁹ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, pref. de Voltaire, EDAF, Madrid, 1980.

¹⁰ *Ibidem*, p. 2, Antimaquiavelo o examen del Príncipe, por Federico el Grande, Rey de Prusia.

¹¹ Elizur Arteaga Nava, *De principatibus. Maquiavelo*, Trillas, México, 1999.

¹² Elizur Arteaga Nava, *La constitución mexicana comentada por Maquiavelo*, Porrúa, México, 2008.

¹³ Cf. José Luis Orozco, *El siglo del pragmatismo político*, UNAM/Fontamara, México, 2004. Véase también Eduardo José Torres Maldonado, “De Principatibus: exégesis, paráfrasis, análisis y síntesis de las opiniones y consejos de la obra clásica de Nicolás Maquiavelo”, en *Reflexiones*, núm. 8, CIDE, México, pp. 169-182.

¹⁴ Para Antonio Gramsci, diversos pensadores fueron relevantes, entre los que se pueden citar: Karl Marx, Benedetto Croce, Vladimir I. Lenin, Giambattista Vico, Wilfredo Pareto, Hegel, Henry Bergson y Nicolás Maquiavelo. Respecto a este último, su obra “Note sul Machiavelli: Sulla politica e sullo stato moderno”, merecería un estudio aparte. Cf. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión, Madrid, 1980.

Sección Doctrina

Gauss;¹⁵ la traducción e interpretación de George Bull;¹⁶ la traducción e Introducción de Daniel Donno,¹⁷ entre otros trabajos. Destacan también las obras críticas de Tomás de Aquino,¹⁸ y las obras recreacionales e irónicas como la de Maurice Joly titulada *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*.¹⁹

Para Gramsci, la figura del Príncipe, especialmente en tiempos modernos, no podría concebirse materializada en un individuo, sino en una institución supra individual, que en todo caso se materializaría en un partido político.²⁰ La obra *De Principatibus* de Maquiavelo sería, entonces, una especie de manual o libro político aplicable en cualquier tiempo,²¹ de vigencia universal, que necesitaría para materializarse, míticamente, un super personaje, un *Príncipe*, que sólo podría configurarse corporativa y organizacionalmente en un partido político. Considero, sin embargo, que dados los problemas modernos de legitimidad, congruencia, efectividad, y confianza en la representación política formal de los partidos políticos respecto a sus representados formales, esta propuesta de Gramsci amerita una reflexión crítica más profunda hoy en día.

Louis Althusser, al igual que Antonio Gramsci, fue un asiduo lector de Nicolás Maquiavelo, y devino, con una visión crítica, a ser también un intérprete moderno del mismo.²² A pesar de diversas aportaciones en este campo, como los conceptos de “coyuntura” y “materialismo aleatorio” y el triunfo final, en última instancia de la maquiavélica *virtú* política, que ayudan a interpretar el pensamiento maquiavélico y el materialismo histórico, en sí Althusser, a pesar de todo, no produjo grandes obras sobre el tema en comento. Quizás por eso no se produjo el pretendido *incontro*²³ de Althusser con Maquiavelo, que nos hubiera gustado observar. No obstante, las breves reflexiones del primero sobre el segundo resultan aún más interesantes, precisamente por la ausencia de dicho *incontro profundo*.²⁴

En este mismo orden de ideas, surge también la interrogante del por qué grandes pensadores, fundadores de importantes escuelas teóricas en las ciencias sociales, co-

¹⁵ Niccolò Machiavelli, *The Prince*, trad. Luigi Ricci, introd. Christian Gauss, New American Library, Nueva York, 1952.

¹⁶ Niccolò Machiavelli, *The Prince*, interp. y trad. George Bull, Penguin Books Middlesex, 1972.

¹⁷ Niccolò Machiavelli, *The Prince*, introd. y trad. Daniel Donno, Bentam Books, Nueva York, 1985.

¹⁸ Tomás de Aquino, “Gobierno de los Príncipes”, en *Tratado de la ley. Tratado de la justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los Príncipes*, Porrúa, México, 1998, pp. 254-393.

¹⁹ Maurice Joly, *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, 2ª ed., Colofón, México, 1992.

²⁰ Cf. Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...*, *op. cit.*

²¹ Eduardo Torres Maldonado, “*De Principatibus...*”, *op. cit.*

²² Cf. Louis Althusser, *Maquiavelo y nosotros*, Akal, Madrid, 2004.

²³ Encuentro. Uso la palabra *incontro*, en italiano, para destacar el significado histórico e intelectual que hubiera significado un mayor acercamiento intelectual de Althusser con Maquiavelo.

²⁴ Encuentro profundo. Cf. Louis Althusser, *Política e historia. De Maquiavelo a Marx. Cursos en la Escuela Normal Superior, 1955-1972*, Katz, Madrid, 2007.

mo Emile Durkheim,²⁵ Marx Weber²⁶ y Karl Marx,²⁷ no dedicaron un mayor y mejor tiempo de reflexión al trabajo intelectual de Maquiavelo. Quizás porque, al parecer, en el fondo de sus macro teorías sociales, el lenguaje y las recomendaciones maquiavélicas eran demasiado pragmáticas, técnicas y descarnadas, para acompañar las piedras fundacionales de sus grandes construcciones teóricas, sociales, económicas y humanistas. Puede pensarse que la teoría política de Maquiavelo era demasiado provocativa, práctica y utilitarista, así como descarnada y gélidamente realista para que estos gigantes de las ciencias sociales la consideraran con más detenimiento, en vez de hacerla a un lado, quizás con cierto desdén y disgusto.

El objetivo central de este trabajo consiste en el desarrollo de algunas reflexiones sobre el método²⁸ y sobre ciertos principios políticos centrales que Maquiavelo recomienda como ejes rectores de la ideología y práctica política en *De Principatibus*, anticipándose que el autor de esta investigación no coincide necesariamente con todas y cada una de las recomendaciones maquiavélicas para la teoría y *praxis* de la concepción y ejercicio del poder político.²⁹

I. Breves reflexiones sobre el contexto de *El Príncipe*

Debe hacerse notar que Maquiavelo escribe en un tiempo todavía medieval. Italia se encuentra dividida entre el poder de la Iglesia católica, los grandes príncipes y señores feudales, la amenaza intervencionista de potencias y grupos militares extranjeros, y la utilización indiscriminada de ejércitos de mercenarios que, siendo la guerra su negocio y su *primo motivo*,³⁰ ofertaban sus armas y habilidades al mejor postor.³¹

²⁵ Emile Durkheim reflexiona críticamente sobre el concepto de “coacción” maquiavélico, asumiendo distintas posiciones doctrinarias al respecto, entre otros aspectos. Cf. Emile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, Presses Universitaires de France, París, 1974.

²⁶ Max Weber compara a Maquiavelo con Kautilya, aseverando que leyendo a este autor hindú en el *Arthashastra*, el primero refleja cierta candidez en materia política: “El ‘maquiavelismo’ verdaderamente radical, en el sentido habitual del término, representado en la literatura hindú por el *Arthashastra* de Kautilya ... A su lado el *Príncipe* de Maquiavelo nos resulta perfectamente inocente”. Cf. Max Weber, “La política como vocación”, en *El político y el científico*, trad. Francisco Rubio Llorente, introd. Raymond Aron, Alianza Editorial, Madrid, 1977, p. 169.

²⁷ Karl Marx, *El Capital*, FCE, México, 1977.

²⁸ O combinación de métodos, ya que hablar del “método maquiavélico” implica una visión histórica y plurimetódica, al menos, atendiendo, además, al tiempo renacentista.

²⁹ Eduardo Torres Maldonado, “*De Principatibus...*”, *op. cit.*, Agradezco, en este espacio, la eficiente colaboración técnico-administrativa y académica que la C. pasante en derecho Shary C. Triujeque brindó, durante la prestación de su servicio social, para la elaboración y redacción final de este artículo científico de investigación.

³⁰ Primer o principal motivo.

³¹ Torres Maldonado, Eduardo. “*De Principatibus...*”. *Loc. cit.*

En los tiempos en que Maquiavelo escribe *De Principatibus*, Italia es un territorio dividido, en diferentes señoríos y divisiones territoriales. El Estado nacional, como hoy lo conocemos, simple y llanamente no existía. La nación italiana se encontraba política y militarmente dividida, y no se reunían a cabalidad los criterios conformadores de una nación: territorio, cultura, lengua, e instituciones civiles y militares comunes. Italia se encontraba profundamente dividida en diferentes regiones, notándose ya, desde entonces, una abismal división entre el Norte, el Centro, el Sur, e islas. La frontera norte de Italia era también mucho más desarrollada que la frontera sur. Roma seguía siendo —y así continuaría— como el epicentro donde convergían todos los caminos, y las elites italianas se disputaban cotidiana y ferozmente cada milímetro de territorio, cada espacio de poder y todo tiempo político posible para gobernar con grupos familiares y dinásticos la sempiterna dividida Italia. Ésta, en ese entonces, no era Estado Nacional, no era Nación, no era República, y no era tampoco un espacio democrático (no obstante los antecedentes históricos en este sentido del imperio romano).

En los tiempos en que Maquiavelo escribe *El Príncipe*, una de las principales preocupaciones de Italia era poder ser una nación soberana, independiente de potencias extranjeras. Sin embargo, en estos tiempos, subrayamos, el Estado italiano no es todavía Estado nación ni, mucho menos una República moderna, en los términos actuales.³²

En los tiempos en que Maquiavelo escribe De Principatibus, Italia es un territorio dividido, en diferentes señoríos y divisiones territoriales. El Estado nacional, como hoy lo conocemos, simple y llanamente no existía.

II. Naturaleza humana, método y algunas circunstancias de la obra

Maquiavelo partía de la concepción clásica revelada en la sentencia *homo hominis lupus*, que destacaba la maldad natural, ínclita e implícita del ser humano. En este sentido, hay una frontal contraposición de visiones acerca de la naturaleza humana entre Juan Jacobo Rousseau y Maquiavelo, toda vez que Rousseau hablaba del “**buen salvaje**”, y tenía una mayor confianza en que las virtudes humanas podrían florecer y fructificar a través de la celebración y cumplimiento de un “**buen Contrato Social**”.³³

³² *Loc. cit.*

³³ Juan Jacobo Rousseau, *El contrato social. Principios de derecho político*, Porrúa, México, 2002. (“Sepan Cuantos...”, 13).

De Principatibus es escrito en lengua italiana. Y, como dice acertadamente la Doctora Patricia de Mei Mirabelli, “**ya es un hecho político elegir la lengua**” en que es escrita esta obra.³⁴ La versión latina se escribe posteriormente, al parecer en 1560, en Basilea, por un grupo de exiliados.³⁵

Maquiavelo escribe, entonces, en italiano, en la lengua “vulgar”, porque *escribe para ser entendido*. La versión posterior en latín está ya destinada para las elites y tiene otros escenarios y destinatarios políticos.

De Principatibus es escrito, además, en la forma y presentación de un ensayo, *il saggio*.³⁶ Esto es particularmente revolucionario en su tiempo y representa una punta de lanza de la modernidad político literaria. Es notorio que, especialmente para su tiempo, Maquiavelo usa una retórica elevada, sofisticada, y compleja, aunque aparentemente sencilla. Lo anterior, no obstante que elige la figura de un consejero para el gobernante, que a través de presumiblemente sencillos casos prácticos, interpretaciones de ejemplos históricos, y claras recomendaciones pragmáticas, revela los secretos del obrar, hacer y trascender políticos de su tiempo. Es decir, con los método casuístico e histórico, entre otros, Maquiavelo —un autor clásico del Renacimiento— recomienda proceder tal y como se solía actuar en los tiempos que él ha estudiado y vivido. Lo anterior, por tanto, le otorga a la obra maquiavélica claras e inequívocas connotaciones tempoespaciales, casuísticas, literarias, retóricas e históricas.

El Príncipe es un ensayo particularmente corto. Una edición simple y breve cualquiera, apenas rebasa el centenar de páginas. Una edición que cuente con prólogo, introducción, comentarios y anotaciones, puede remontar las doscientas páginas. Como ensayo breve ha tenido millones de lectores. Como guía política ágil y práctica, ha sido consumida por decenas de millones de lectores, en diversos idiomas en el mundo entero. Como obra maestra política ha sido comentada, prologada y discutida por los más disímbolos y opuestos protagonistas de la historia política e intelectual desde el siglo XVI a la fecha, como lo hemos hecho notar en algunos ejemplos.

De Principatibus es una obra dedicada al “Príncipe” o “Príncipes”, de su tiempo. Como se desprende del estudio histórico de esta obra, Nicolás Maquiavelo fue adaptando las dedicatorias de su obra para varios gobernantes, hasta que finalmente entrega su *opera massima*³⁷ de consejos políticos al afortunado gobernante en turno, expresándole que toda vez que no posee nada más valioso que “el conocimiento de las acciones de los hombres”, derivado dicho conocimiento de su vital experiencia

³⁴ Cf. Patricia de Mei Mirabelli, Conferencia Magistral: “Estado Nación y vigencia de los principios políticos de Maquiavelo. El caso de Italia”, impartida el 29 de enero de 2009 a las 11:30 horas, en la Sala de Consejo Divisional H-O, de la UAM-A, coordinada por Eduardo José Torres Maldonado y comentada por Herón García Ruiz y Eduardo Torres.

³⁵ *Loc. cit.*

³⁶ *Loc. cit.*

³⁷ Obra máxima, más popular y mejor conocida.

Sección Doctrina

de la modernidad y del estudio profundo del pasado, de la Antigüedad, decide dedicarle al *Príncipe* este breve estudio, esperando que su humilde obra sea bien recibida. Maquiavelo se disculpa por escribir acerca de los Príncipes, siendo él parte del pueblo. Sin embargo, señala que para conocer a los Príncipes hay que ser pueblo (y a la inversa también).

Como era de esperarse, Maquiavelo espera —especialmente durante su exilio y retiro obligados— que su aparente *opera massima* sea no sólo bien recibida, sino mejor apreciada, y que él mismo pueda ser llamado nuevamente a desempeñar algún cargo público en el servicio diplomático o bien, ser considerado como una especie de *consigliero* político del Príncipe en turno, toda vez que, considera, ha sido víctima de una gran e ininterrumpida mala suerte.³⁸

A continuación, procedo a desarrollar diversas reflexiones generales sobre algunos de los “principios políticos” o consejos políticos, que Maquiavelo escribió en *De Principatibus*, que he considerado relevantes para esta breve investigación.



Hay una frontal contraposición de visiones acerca de la naturaleza humana entre Juan Jacobo Rousseau y Maquiavelo.

III. Reflexiones sobre algunos principios políticos de *El Príncipe*

III. 1. Utilizar los medios disponibles y adecuados para conseguir sus intereses

Maquiavelo recomienda en diferentes partes de su obra *El Príncipe*, que se utilicen los mejores medios, los más disponibles, los mejor adecuados, para perseguir y conseguir los intereses políticos del Príncipe. Quizás es de la suma de estas diversas recomendaciones que surge la creencia *vox populi* de que Maquiavelo elaboró la conseja “el fin justifica los medios”.

³⁸ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Gernika, México, 1997, p. 7.

III. 2. El poder de la fortuna

¿Existe un destino? Si la respuesta es positiva ¿tendrán acaso la fortuna, y Dios, algún poder sobre el destino humano? Una vez más, si lo anterior es cierto ¿puede y debe el ser humano esforzarse para influir, cambiar, o forjar aún así su propio destino?³⁹

La fortuna, según Maquiavelo, representa 50 por ciento, aproximadamente, en la resolución de los avatares y conflictos humanos. El otro 50 por ciento depende exclusivamente de la voluntad del hombre.

III. 3. La utilidad de construir fortalezas y murallas, y/u odios

Nicolás Maquiavelo critica a los Príncipes que basan su poder en la construcción de fortalezas y la erección de murallas, sin preocuparse por una cuestión fundamental y mucho más valiosa que las propias murallas y fortalezas: el no construir odios.

El odio es una fuerza avasalladora, incontenible, no controlable, destructiva y autodestructora. Un buen Príncipe debe, a toda costa, evitar ser odiado por el pueblo. No hay fortaleza o muralla que pueda contener el odio del pueblo.⁴⁰

III. 4. La importancia de evitar ser odiado

Nicolás Maquiavelo formula diversos consejos al Príncipe, encaminados a evitar ser odiado, toda vez que el odio –y no sólo las armas– derrumba cualquier fortaleza o muralla. El Príncipe debe cumplir con su deber y evitar privar de sus bienes y, especialmente de su honra, a sus súbditos. Debe evitar todas aquellas cosas o actividades que le hagan ganar el desprecio o el odio. Debe asimismo, cultivar un carácter firme, definido, y decidido, que le gane el respeto y el aprecio del pueblo.⁴¹

Para evitar ser odiado, además, deberá recurrir al *panem et circensem*: el pueblo deberá estar contento y tener diversiones, además de avituallarse apropiadamente.

Asimismo, un punto crucial también de una inteligente gestión gubernamental es el relativo a la satisfacción, convencimiento y bienestar de la nobleza. Sugiere Ma-

³⁹ Maquiavelo, al respecto, señala lo siguiente: “No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aun, que no tienen remedio alguno contra ellas, de lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte...”. Nicolás Maquiavelo, 1997, *ibid.*, p. 141.

⁴⁰ “Consideradas, pues, estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiado en las fortalezas, tenga en poco ser odiado por el pueblo”. *Ibid.*, p. 124.

⁴¹ “Trate el Príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable, y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios... la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos... Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto...”. *Ibid.*, p. 105.

Sección Doctrina

quiavelo que los nobles deberán estar no sólo contentos, sino además disciplinados y convencidos de las ventajas y bondades de formar parte del gobierno del Príncipe, el cual debe procurar “**no exasperar**” a la nobleza.⁴²

III. 5. La ventaja de ser amado o ser temido

En el amor, Maquiavelo *dixit*, es mejor ser amado que ser temido. En política, es al revés, es mejor ser temido que amado. Sin embargo, según las circunstancias, Maquiavelo señala que representa mayores ventajas para un Príncipe manejar el poder del temor que el temor al poder. Incluso, en ocasiones especiales, la crueldad puede ser empleada para asegurarse el temor y el poder.

Aquí, sin embargo, hay recomendaciones autocontradictorias de Maquiavelo, pues si bien por un lado recomienda que es mejor que el Príncipe sea temido por cruel más que apreciado por bondadoso, reconoce que el ideal es que el Príncipe sea amado y temido a la vez. Esta contradicción se resuelve, en última instancia, en favor de la crueldad, siempre y cuando la misma tenga por finalidad la unión y fidelidad de los gobernados.⁴³

Aunque lo ideal sea la clemencia del Príncipe, también el gobernante debe precaverse de ser demasiado clemente, pues el exceso en la bondad es generador de desórdenes. El Príncipe debe, por tanto, buscar un punto medio adecuado en donde la humildad, la moderación y la prudencia, normen su actuar.

Así, consecuentemente, se concluye que debido a la naturaleza humana, en política, tratándose de cuestiones de poder en un principado, es mejor ser temido que amado. Aquí se colige entonces que, según Maquiavelo, el Príncipe puede no ser amado pero sí temido y nunca odiado o despreciado.⁴⁴

III. 6. La conducta del Príncipe estimado

Como se ha subrayado, es preferible que el Príncipe sea temido a que sea amado. Queda claro, entonces, que no debe ser odiado o despreciado. Sin embargo, no basta lo anterior para que el Príncipe sea respetado ni, mucho menos, estimado. Y aquí en-

⁴² *Ibid.*, p. 108.

⁴³ “...declaro que todos los Príncipes deben ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia... Por lo tanto, un Príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos...”. *Ibid.*, pp. 95-96.

⁴⁴ “Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado. Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y de que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues —como antes expliqué— ninguna necesidad tienes de ellos; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan... porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es el miedo al castigo que no se pierde nunca”. *Ibid.*, p. 98.

tramos al necesario terreno de las virtudes que debe poseer y ejercitar el gobernante para poder ser bien apreciado por sus gobernados.

Entre las virtudes recomendadas por Maquiavelo para los mejores Príncipes, destacan aquellas relativas a la indiscutible necesidad y demanda de que los Príncipes estimados tengan grandes planes y promisorias empresas, así como que posean raras o extraordinarias virtudes.

Resalta también la importancia del otorgamiento justo de premios y castigos, a quienes efectivamente se hagan acreedores a ellos. La recompensa o la sanción debe otorgarlas el Príncipe de inmediato, en cuanto se percate del evento bueno o malo sucedido, y publicitarse, procediendo el Príncipe de manera ingeniosa, ilustre y magnífica.

En caso de un conflicto, el Príncipe debe aplicar justicia, evitando en la medida de lo posible la neutralidad. El Príncipe, aconseja Maquiavelo, es mejor que tome partido por la parte apoyada por la mayoría y la que ostente la mejor razón. Y esta última debe siempre ser bien ponderada.

El gobernante que quiera ser estimado deberá, por un lado, reconocer y recompensar generosamente las virtudes de los gobernados y, por otro, ejercitar su poder punitivo contra aquellos que lo ameriten. El gobernante debe honrar a los buenos ciudadanos y a los mejores artistas, otorgando siempre protección, confianza y seguridad a sus gobernados, y especialmente a los más virtuosos y altruistas de sus gobernados.⁴⁵

III. 7. Los secretarios y colaboradores del Príncipe

La selección de los secretarios y colaboradores del Príncipe es un proceso que debe reunir las características de un método cuidadoso e “infalible”. ¿Puede lograrse esto? Según Maquiavelo, sí es posible. De hecho, señala este autor, la primera impresión que la gente se forja de un Príncipe, está relacionada con la capacidad y fidelidad de los integrantes de su equipo de colaboradores. Así, será tenido por sabio el Príncipe cuyo equipo está integrado por miembros leales, competentes, respetados y fieles. Por lo contrario, si el primer error del Príncipe consiste en la elección de sus colaboradores, el Príncipe será criticado acremente por este grave error. Sobre todo, considerando que según Maquiavelo, hay tres clases de cerebros: el que discierne, el que entiende el discernimiento ajeno, y el que falla en ambos aspectos.⁴⁶

⁴⁵ “La prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno. El Príncipe también debe mostrarse amante de la virtud y honrará a los que se distingan en las artes. Asimismo, dará seguridades a sus ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que algunos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado”. *Ibid.*, p. 129.

⁴⁶ “La primera opinión que se tiene del juicio de un Príncipe se funda en los hombres que lo rodean si son capaces y fieles, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles. Pero cuan-

De hecho, señala este autor, la primera impresión que la gente se forja de un Príncipe, está relacionada con la capacidad y fidelidad de los integrantes de su equipo de colaboradores.

Tomando en cuenta que entre los colaboradores selectos por el Príncipe puede colarse siempre un simulador profesional, una especie de “Tartufo” imprevisible o bien alguno que en la teoría maquiavélica se conoce como el “tercero inútil” —es decir, aquel que no discierne ni entiende el juicio del otro—, el gobernante debe usar el “buen método” maquiavélico para la selección más inteligente y apropiada de todos y cada uno de los integrantes de su corte y grupo de consejeros.⁴⁷

III. 8. Las virtudes de la verdad efectiva, la objetividad y el evitar la infamia de vicios

El carácter y el actuar del Príncipe deben guiarse permanentemente por la búsqueda y el uso de la verdad efectiva, la objetividad, así como por el evitar la infamia de vicios. Estos tres aspectos son fundamentales para el prestigio o desprestigio del gobernante, para su censura o su halago, o para su gloria o desgracia.

El uso de la *verità effettiva*⁴⁸ es una recomendación central de Maquiavelo, mediante la cual aconseja al Príncipe ir siempre más allá de las apariencias, de las simulaciones o de las dramatizaciones que plagan la vida política. La verdad efectiva de las cosas se esconde siempre tras las apariencias, por lo que el Príncipe debe siempre descender los velos engañosos y buscar, con inteligencia y astucia, dicha verdad efectiva.⁴⁹

Es también aconsejable que el gobernante pueda apreciar con objetividad el estado actual de las cosas reales, cuidándose de las fantasías, fraudes o engaños de las cosas o situaciones ficticias, que pueden ya existir o pueden ser creadas o recreadas para confundir su buen juicio. Por lo tanto la objetividad en el juicio del Príncipe,

do no lo son, no podrá reputarse prudente a un Príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección... Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí; el segundo entiende lo que los otros disciernen, y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil”. *Ibid.*, p. 131.

⁴⁷ “Para conocer a un ministro hay un método que no falla. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el Príncipe nunca podrá confiar. Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el Príncipe, y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él. Por su parte, el Príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan desear más riquezas y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos”. *Ibid.*, p. 132.

⁴⁸ Verdad efectiva.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 87. Véase también Eduardo Torres Maldonado, “*De Principatibus...*”, *op. cit.*

atendiendo a la realidad de su momento, es esencial para la mejor toma de decisiones.

Un aspecto nuclear, que no debe pasar desapercibido, que Maquiavelo enfatiza, es la conducta moral del Príncipe, que debe formar parte del *summum* de la ética política del Príncipe, que consiste en evitar “la infamia de vicios”.⁵⁰

Estas tres características, entrelazadas, son trascendentes para perfilar un buen destino para el Príncipe, cuidándose de confundir virtudes que devienen en vicios, y procurando cultivar aquello que, pareciendo vicio, finalmente repercute favorablemente en la felicidad y bienestar de sus gobernados.⁵¹

III. 9. La tacañería y la generosidad

¿Debe el Príncipe ser un gobernante generoso o bien un líder avaro y tacaño? ¿Es virtud la generosidad y vicio la tacañería? ¿Son la avaricia y la tacañería vergüenzas que impidan el buen gobernar?

Respecto a la prédica y práctica de la generosidad, el Príncipe, sin duda alguna, debe ser pródigo, pero debe cuidarse de tener fama de pródigo, pues la prodigalidad general perjudica más que beneficia, y llevada a su extremo, trastoca su naturaleza de virtud en uno de los grandes vicios. Ser generoso en casos particulares y concretos, es recomendable. Ser pródigo, como conducta y reputación general, es un vicio. Además, el pródigo famoso termina siendo devorado por las incesantes demandas de los que reclaman sus favores. Así, la generosidad y la prodigalidad deben dispensarse con buen juicio, en los casos y circunstancias que así lo ameriten, justipreciando las peticiones de los gobernados con precisión y objetividad.

La tacañería, como vicio acompañada de la avaricia, no sería recomendable como virtud general. Sin embargo, en caso extremo para el Príncipe, la tacañería políticamente calculada podría ser más beneficiosa que la prodigalidad desmesurada. Esto es, la tacañería sería una “vergüenza sin odio” mientras que la excesiva generosidad podría representar, paradójicamente, “**una vergüenza con odio**”.⁵²

Señala Maquiavelo que no hay cosa más reprobable que el dispendio o derroche de lo que no es propio, pues esto afecta negativamente la reputación del gobernante. Además, solo representa un perjuicio gastar lo propio. La prodigalidad excesiva es una fuerza que se consume a sí misma pues cuanto más se ejerce más se debilita, y como nunca bastan las riquezas tenidas para atender todas las necesidades o la simple voracidad de todos los que necesitan, el Príncipe con reputación de pródigo acaba no solo con la bolsa del tesoro oficial, sino con su propia riqueza, y destruye su propia reputación.

⁵⁰ “...la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio solo acaba por traer el bienestar y la seguridad”. *Ibid.*, p. 89.

⁵¹ *Loc. cit.*

⁵² *Ibid.*, pp. 93-94.

Sección Doctrina

Así, paradójicamente, la excesiva prodigalidad se convierte en vicio, y la prudente tacañería y avaricia se transforman en una virtud calculada para gobernar. Ambas, la prodigalidad y la tacañería, en exceso, son vicios: pero la excesiva generosidad puede acompañarse del odio y la moderada tacañería puede navegar sin este último.

Por lo tanto, el Príncipe no debe prestar mucha atención a las críticas por su tacañería, y debe, en resumidas cuentas, practicar la "...generosidad con todos aquellos a quienes no quita... y la avaricia con todos aquellos a quienes no da..."⁵³

III. 10. El gobierno con las buenas leyes, milicias adecuadas y las mejores armas

Para Maquiavelo, el Príncipe debe ejercer el poder con sabiduría, basándose en buenas leyes y las mejores armas. Las leyes y las armas han sido, son y serán indispensables a los Estados.

Para Maquiavelo, el Príncipe debe ejercer el poder con sabiduría, basándose en buenas leyes y las mejores armas. Las leyes y las armas han sido, son y serán indispensables a los Estados. La antigüedad y la modernidad así lo demuestran. El futuro así es previsible, en tratándose de los nuevos Estados y organizaciones políticas según este pensador.

Las buenas leyes y las mejores armas forman la infraestructura y los cimientos de la organización estatal. La infraestructura legal permite al Príncipe gobernar con la razón, la persuasión y la justicia. Los cimientos de las armas le permiten gobernar con el uso de la fuerza legalmente reservada al Estado.

Ahora bien, las mejores armas deben ser manejadas por las milicias adecuadas. ¿Qué tipo de milicias debe escoger y sostener el Príncipe?

Maquiavelo considera la existencia de tres tipos de tropas, que son las propias, las mercenarias y las auxiliares o mixtas. Enfáticamente, se recomienda al Príncipe el uso de las tropas propias, toda vez que las mercenarias y auxiliares son consideradas como "**inútiles y peligrosas**."⁵⁴

La seguridad de un principado, insiste Maquiavelo, se logra no solo con la promulgación y aplicación de buenas leyes, sino también con buenas y propias tropas. Un Estado sin tropas propias, no dispone de medios de defensa contra ataques enemigos, contra fuerzas fortuitas y contra acontecimientos adversos. Por tanto, las tropas propias son indispensables para la seguridad del Estado y la población.⁵⁵

⁵³ *Ibid.*, p. 92.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 70.

⁵⁵ Las milicias propias, de conformidad con Maquiavelo, son "...las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos o por servidores del Príncipe". *Ibid.*, p. 81.

III. 11. El Príncipe y el arte de la guerra

Ahora bien, una vez que el Príncipe tiene en activo a las mejores tropas, debe atenderse a las obligaciones principales del gobernante hacia la milicia. Esto tiene que ver, esencialmente, con lo que Maquiavelo denominó “el arte de la guerra”.⁵⁶

El Príncipe debe ocuparse fundamentalmente del arte de la guerra. La reflexión, la teoría y la práctica del arte de la guerra es, por definición una disciplina principisca obligatoria. Todo Príncipe que se respete a sí mismo, debe estudiar y practicar esta disciplina marcial. El olvido o el no cultivo de esta disciplina “artística” puede ser la razón principal que explique las fallas o la pérdida del Estado; así mismo, debe

⁵⁶ Cf. Nicolás Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, estudio preliminar, trad. y notas Manuel Carrera Díaz, Tecnos, Madrid, 1995. El libro del *Arte de la Guerra* de Nicolás Maquiavelo es más popular hoy, quizás, de lo que fue en su tiempo, y guarda cierto parecido con *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu. Hoy, pueden encontrarse, con mayor facilidad, síntesis interesantes de algunos de los consejos y principios estratégicos y tácticos marciales maquiavélicos, como los que a continuación se transcriben: “Lo que favorece al enemigo nos perjudica a nosotros, y lo que nos favorece a nosotros perjudica al enemigo... Aquel que durante la guerra esté más atento a conocer los planes del enemigo y emplee más esfuerzo en instruir a sus tropas incurrirá en menos peligros y tendrá más esperanzas de victoria... Jamás hay que llevar a las tropas al combate sin haber comprobado su moral, constatado que no tienen miedo y verificado que van bien organizadas. No hay que comprometerlas en una acción más que cuando tienen moral de victoria... Es preferible rendir al enemigo por hambre que con las armas, porque para vencer con éstas cuenta más la fortuna que la capacidad. ...El mejor de los proyectos es el que permanece oculto para el enemigo hasta el momento de ejecutarlo... Nada es más útil en la guerra que saber ver la ocasión y aprovecharla... La naturaleza produce menos hombres valientes que la educación y el ejercicio... En la guerra vale más la disciplina que la impetuosidad... Si algunos enemigos se pasan a las filas propias, resultarán muy útiles si son fieles, porque las filas adversarias se debilitan más con la pérdida de los desertores que con la de los muertos, aunque la palabra desertor resulte poco tranquilizadora para los nuevos amigos y odiosa para los antiguos... Al establecer el orden de combate es mejor situar muchas reservas tras la primera línea que desperdigar a los soldados por hacerla más larga...Difícilmente resulta vencido el que sabe evaluar sus fuerzas y las del enemigo... Más vale que los soldados sean valientes que no que sean muchos, y a veces es mejor la posición que el valor... Las cosas nuevas y repentinas atemorizan a los ejércitos; las conocidas y progresivas les impresionan poco. Por eso conviene que, antes de presentar batalla a un enemigo desconocido, las tropas tomen contacto con él mediante pequeñas escaramuzas... El que persigue desordenadamente al enemigo después de derrotarlo, no busca sino pasar de ganador a perdedor... Quien no se provee de los víveres necesarios, está ya derrotado sin necesidad de combatir... Quien confía más en la caballería que en la infantería, o al contrario, escogerá en consecuencia el campo de batalla... Si durante el día se quiere comprobar si ha entrado algún espía en el sector propio, se ordenará que todos los soldados entren en sus alojamientos... Hay que cambiar de planes si se constata que han llegado a conocimiento del enemigo... Hay que aconsejarse con muchos sobre lo que se debe hacer, y con pocos sobre lo que se quiere realmente hacer... En los acuartelamientos se mantendrá la disciplina con el temor y el castigo; en campaña, con la esperanza y las recompensas... Los buenos generales nunca entablan combate si la necesidad no los obliga o la ocasión no los llama... Hay que evitar que el enemigo conozca nuestro orden de combate; cualquiera que sea éste, debe prever que la primera línea pueda replegarse sobre la segunda y tercera... Si se quiere evitar la desorganización en el combate, una brigada no debe emplearse para otra misión distinta de la que se le tenía asignada... Las incidencias no previstas son difíciles de resolver; las meditadas, fáciles... El eje de la guerra lo constituyen los hombres, las armas, el dinero y el pan; los factores indispensables son los dos primeros, porque con hombres y armas se obtiene dinero y pan, pero con pan y dinero no se consiguen hombres y armas... El no combatiente rico es el premio del soldado pobre... Hay que acostumbrar a los soldados a despreciar la comida delicada y la vestimenta lujosa...”, en <http://www.personal.able.es/cm.perez/delartedelaguerra.htm>.

Sección Doctrina

ser condición *sine qua non* que el Príncipe que gobernará o gobierne un Estado sea un experto en dicho arte de la guerra.⁵⁷

Estima Maquiavelo que el arte militar debe ser parte de las actividades regulares del Príncipe no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempos de paz. Es decir, así como el estudio y la práctica de la administración política de la sociedad y la diplomacia civil forman parte de la agenda cotidiana del Príncipe, también el estudio y la práctica del arte militar debe formar parte de su bitácora regular.⁵⁸

En los tiempos de paz, cuando no exista guerra o combate alguno que atender, Nicolás Maquiavelo le sugiere al Príncipe ejercitar lúdicamente el arte de la guerra.⁵⁹ Esto es, debe el Príncipe proceder a concebir y organizar simulacros de batallas y guerras, con diferentes tiempos, actores y escenarios, jugando con la estrategia y las tácticas militares que correspondan, estudiando los pros y contras de las victorias y derrotas obtenidas en los ejercicios lúdicos militares.⁶⁰

⁵⁷ “Un Príncipe no debe tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde, pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no solo conserva en su puesto a los que han nacido Príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta; mientras que, por el contrario, ha hecho perder el Estado a Príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas. Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser un experto en él”. *Ibid.*, p. 83.

⁵⁸ “En consecuencia, un Príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercerse más que en los tiempos de guerra; lo cual puede hacerse de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumbrar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de los valles, las llanuras, los ríos, los pantanos...”. *Ibid.*, p. 84.

⁵⁹ Como es conocido, existen dos pensadores tradicionales clásicos —entre diversos autores— al menos, sobre el “Arte de la Guerra”: el chino Sun Tzu (siglo IV a. de C.) y el italiano Nicolás Maquiavelo (1469-1527). A estos dos autores clásicos puede añadirse también al alemán Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz (1780-1831), quien fungiera como uno de los grandes teóricos e inspiradores intelectuales de la participación de Alemania en las dos guerras mundiales, y que escribiera sobre el tema de “El arte y ciencia de la guerra”, con amplia erudición y conocimiento.

⁶⁰ Vale la pena reflexionar, en este punto, sobre lo que ha escrito el profesor Orlando Mejía Rivera, miembro de “Ciudad Política”, escritor y profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas, en Manizales, Colombia, respecto a estos tres autores clásicos —y sus obras— mencionados en la nota anterior, y el problema de la guerra y la paz en Colombia —reflexión aplicable, por cierto, a México y Latinoamérica—, por lo que me permito esta extensa cita de sus pensamientos sobre dichos temas: [... Estos son tres libros cuyas teorías han sido llevadas a la práctica por distintas naciones y guerreros, con resultados diversos y en ocasiones contradictorios. Sun Tzu, a quien le decían el tullido por tener amputadas sus dos piernas, recomendaba, inspirado en el Tao Te King y en el I Ching, que el arte de guerrear consistía en vencer al enemigo sin necesidad de pelear, mediante la persuasión, la estrategia de conocerlo y descubrir sus debilidades, el desesperarlo por medio de la paciencia y sólo en una situación extrema actuar con las armas y luego establecer con rapidez un acuerdo de paz, pues “la guerra es como el fuego; si no te apartas de él terminará quemándote”. Para Maquiavelo la guerra es una táctica transitoria cuando las intrigas de la diplomacia y de la corte no están surtiendo efecto, pero el gobernante debe preferir un aceptable tratado de paz a una costosa guerra permanente, ya que en tiempos bélicos “la guerra hace al ladrón” y los que terminan ganando son los comerciantes y los banqueros, mientras el Príncipe es derrocado por un pueblo hambriento y desesperado con la muerte de sus seres queridos. Von Clausewitz defiende la guerra como el estado natural del espíritu de los seres humanos, donde la violencia no debe

Maquiavelo sugiere también que el Príncipe se ejercite, a la par que en actividades militares, en actividades deportivas, que lo lleven a ejercitar sus facultades lúdicas, marciales y deportivas. Sugiere, por ejemplo, que el Príncipe practique diversas actividades deportivas, como la cacería.

Maquiavelo recomienda ampliamente al Príncipe una actitud marcial, comprometida y vital, y la permanente práctica del arte de la guerra, evitando la inactividad y la pereza, ejercitándose tanto intelectual como físicamente en los momentos propicios y en los momentos adversos. Lo anterior, para que en el caso de los tiempos azarosos, exista la posibilidad de dar la mejor respuesta a los retos de la fortuna.⁶¹

III. 12. El arte de gobernar: entre la verdad y la lisonja

Un fenómeno político, psicológico y social inevitable cuando un Príncipe asume y ejerce el poder es la relación con los súbditos que viven de la lisonja, del halago, la adulación y la apología de los gobernantes en turno.

Los profesionales de la zalamería emergen de las oficinas y lugares públicos y políticos más diversos como emergen los gusanos de los cadáveres insepultos, o pululan como las moscas alrededor de la miel: la miel del poder. Atraídos como luciérnagas ocasionales por la luz política del Príncipe, por un lado lo elogian hasta el cansancio, y por otro se dedican a exhibir sus propios pálidos destellos intentando atraer la atención y el favor del detentador coyuntural del poder.

Ahora bien, ¿cómo puede evitar el Príncipe el acoso de los profesionales de la zalamería? ¿cómo puede el Príncipe llegar a la verdad efectiva de las cosas si quienes acuden a él y quienes lo rodean, como expertos lisonjeros, hábiles juglares zalameños, juegan con la mentira, manipulan la verdad y empañan la realidad?

tener límites y la confrontación sólo debe terminar con el sometimiento absoluto del enemigo o con su aniquilamiento. Acá la guerra “es una simple continuación, por otros medios, de la política” y por lo tanto la paz es un periodo de reforzamiento estratégico para una nueva guerra. Sun Tsu piensa que la guerra debe ser una posibilidad no realizada para preservar una paz duradera; Maquiavelo la asume como una estrategia transitoria para negociar una paz ventajosa para el gobernante; y Von Clausewitz la considera una lucha sin fin que establece una nueva forma en las relaciones humanas. Sun Tsu ha inspirado a la civilización china y es el único imperio que sobrevive luego de veintiocho siglos de existencia histórica. Maquiavelo influyó con su libro en la Florencia de los Medicis y durante el Renacimiento lograron ser los más ricos y poderosos de toda Europa. Von Clausewitz se convirtió en el gran ideólogo de los germanos del segundo Reich y de los nazis de la segunda guerra mundial. La lectura reflexiva de estos libros me llevan a pensar en nuestra propia guerra fratricida, en esta Colombia inmersa en una lucha crónica, más parecida a la visión de Von Clausewitz, que a la de Sun Tsu o el mismo Maquiavelo. Sin embargo, quizá estemos pasando ya de las teorías conocidas a esa dimensión de la locura colectiva donde las palabras y los razonamientos están siendo silenciados por la barbarie absoluta. De ahí la importancia de aferrarnos todos a la esperanza de una negociación de paz, de un anhelo sincero por parte de la sociedad civil de que finalice la guerra. El verdadero y paradójico arte de la guerra debe ser el triunfo de la vida sobre el reino de la muerte], en <http://www.ciudadpolitica.com/modules/news/article.php?storyid=243>.

⁶¹ “Esta es la conducta que debe observar un Príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle”. *Ibid.*, p. 86.



El Príncipe, a su vez, debe investigar, interrogar, escuchar y reflexionar atenta y pacientemente sobre sus opiniones, procediendo finalmente a resolver los problemas de acuerdo con su exclusivo y mejor albedrío, juicio y conciencia.

Maquiavelo aconseja al Príncipe prudente tres posibles actitudes. La primera, que el gobernante explique y haga entender a los gobernados que la verdad es su mejor argumento, y que la verdad no lastima a nadie. Segundo, que no solo no se insulta a nadie sino que tampoco se falta al respeto cuando se elige el camino de decir la verdad. Tercero, un gobernante sensato debería elegir a los hombres más razonables, y otorgarles a estos hombres juiciosos el derecho y la libertad de opinar con verdad, exclusivamente, sobre los temas que el Príncipe elija. El Príncipe, a su vez, debe investigar, interrogar, escuchar y reflexionar atenta y pacientemente sobre sus opiniones, procediendo finalmente a resolver los problemas de acuerdo con su exclusivo y mejor albedrío, juicio y conciencia. Esto es, los “**hombres de buen juicio**”⁶² tienen la libertad de opinar en las materias en las que sean interrogados por el Príncipe, pero corresponde exclusivamente a este último resolver o no los conflictos planteados.⁶³

III. 13. Reflexiones generales sobre Maquiavelo, el hombre renacentista, sus circunstancias, y su(s) método(s) de análisis político.

Maquiavelo, como se observa históricamente,⁶⁴ es uno de los prototipos clásicos y representativos de esos grandes hombres del Renacimiento. El autor de *El Príncipe*

⁶² *Ibid.*, pp. 133-134.

⁶³ “De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del Príncipe, y no la prudencia del Príncipe de los buenos consejos”. *Ibid.*, p. 135.

⁶⁴ Louis Gautier-Vignal, *Maquiavelo*, FCE, México, 1975.

es a la ciencia política (al análisis político en especial) lo que Leonardo Da Vinci⁶⁵ a la pintura, Víctor Hugo y Honorato de Balzac a la literatura, Miguel Ángel a la pintura y la escultura, Beethoven a la música, Augusto Rodin a la escultura, y Dante Alighieri a la poesía y literatura.

Ahora bien, respecto al método maquiavélico (o los métodos, entre los que destacan, principalmente, el estudio de caso, la interpretación de la historia y la lectura concienzuda de los clásicos), podemos decir, en síntesis, lo siguiente:

Primero. El modelo de análisis maquiavélico se origina siendo práctico-teórico, y termina siendo teórico-práctico, estudiando la biografía de Maquiavelo.

Segundo. Busca la verdad descarnada, efectiva y material de la *res* —cosa— política. El método maquiavélico es brutalmente objetivo y crudamente materialista, pues rechaza toda consideración metafísica. Antes bien, le interesan la física y la mecánica de la política, la buscada relación causal renacentista.

Tercero. El modelo maquiavélico es pretendidamente científico. Por eso se le conoce a Nicolás Maquiavelo como el padre del análisis político y uno de los fundadores de la ciencia política.⁶⁶

Cuarto. Usa su propia *praxis* y experiencia vital en cargos públicos y diplomáticos, así como el conjunto de su formación y talento renacentista para sistematizar principios y consejos, privilegiando los estudios de caso y las interpretaciones de estudios clásicos e históricos, especialmente de la antigüedad romana. Analiza casos, ejemplos, anécdotas, batallas, y modelos militares distintos, así como modelos políticos y técnicas de gobierno, estudiando los aciertos y errores de los ejemplos y casos seleccionados, preferentemente históricos.⁶⁷

Quinto. El método pluridiverso (o el conjunto de métodos combinados en su estilo personal) es sumamente flexible y adaptable al estudio y obra de que el autor trate, pues lo mismo escribe tratados políticos, como obras históricas, obras de teatro, sátiras y prosa diversa, aprovechando su profunda vena literaria.⁶⁸

Sexto. Busca tanto la regla general como sus excepciones y teoriza a la par que ejemplifica, extendiendo y extrapolando interpretaciones del pasado al presente.

Séptimo. Maquiavelo no sólo se revela como un pionero del análisis político, sino también como un historiador notable, por lo que es también uno de los fundadores de la historiografía moderna.

⁶⁵ Así como a diversas artes y ciencias, pues Leonardo Da Vinci fue arquitecto, inventor, músico, ingeniero, diseñador y escultor, así como ecologista pionero, incipiente naturista y visionario humanista. Leonardo es, probablemente, el talento humano más interdisciplinario en la historia universal, y uno de los grandes símbolos del Renacimiento.

⁶⁶ Cf. Antonio Torres del Moral, “La obra y el método de Maquiavelo: una teoría de y para la acción política”, en *Revista de Derecho Político*, núm. 30, 1989, pp. 75-130.

⁶⁷ Harvey Mansfield, *Machiavelli's new Modes and Orders*, Ithaca, EUA, 1979.

⁶⁸ Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

Sección Doctrina

- Octavo. El estudio de lo histórico y lo casuístico, tanto en el nivel macro (Roma) como en el nivel micro (Florencia), las propuestas de categorización histórica y política, así como su visión de que la historia es un flujo inacabado, le permite sacar jugo intelectual de sus estudios y recomendaciones.
- Noveno. Además, hay una constante: Maquiavelo usa a la historia para estudiar a la política, y construye su propia filosofía, y sus interpretaciones del pasado también están teñidas de sus análisis políticos y pensamientos filosóficos. Analiza la historia desde un punto de vista de “**lucha de estamentos o clases**” por el poder. La historia se forja a través de las luchas políticas y de acciones, visiones y versiones de vencedores y vencidos, prevaleciendo las de los primeros.
- Décimo. A Maquiavelo le interesa el estudio de la ciudad-estado, del gobierno eficaz, del Estado en sí, de la República y de las formas de gobierno (especialmente principados y república) y él mismo es, finalmente, un defensor de la República, como se aprecia mejor en otras obras diversas a *De Principatibus*.⁶⁹
- Undécimo. En las luchas por el control del gobierno y las conformaciones de los Estados, busca los elementos que sistemáticamente definan a la mejor y más viable política, extrayendo principios generales del estudio e interpretación de los casos particulares, sin forzar los elementos teóricos en cajones rígidos de la maleable realidad de su Italia.
- Duodécimo. Maquiavelo es un observador pretendidamente neutral que, admitiendo su subjetividad, propone un intento convincente de investigación y estudio desapasionado de las realidades que analiza. Así, procura eliminar de su estudio de la política los elementos éticos o morales, observando, describiendo e interpretando los hechos y acciones de los hombres en las luchas por lograr y mantener el poder, pudiendo así observar con inmutabilidad microscópica las guerras, asaltos, asonadas, uso de mercenarios, torturas, secuestros, mutilaciones, envenenamientos, y estrategias y tácticas políticas y militares en la *real politik* de la Italia aún medieval, escudriñando con paciencia de relojero los minúsculos y diversos engranajes del reloj de la política, extrayendo así sus “**principios**” y/o recomendaciones para los Príncipes.
- Decimotercero. Maquiavelo justifica, así, cuando lo estima conveniente, la existencia, esencia y uso político de la “razón de Estado” —paradójicamente aceptando una especie de razón y acción moral superior— para defender la existencia, preservación y continuidad misma del Estado. Maquiavelo se revela, frecuentemente, como un historiador basado en el método deductivo. Sin embargo,

⁶⁹ Cf. Al respecto, es interesante la consulta de las obras de Maquiavelo: *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio...*; *Historia florentina*; y *Arte de la guerra*, entre otros trabajos. Véase Silvia Ruffo-Fiore, *Niccolò Machiavelli: An Annotated Bibliography of Modern Criticism and Scholarship*, Greenwood Press, Nueva York, 1990.

como analista político de su realidad inmediata, suele usar regularmente el método inductivo, pudiendo realizar brillantes inferencias-puente cuando la ocasión o el caso lo ameritan.

Decimocuarto. Maquiavelo es también un pragmático historiador e intelectual polifacético, además de filósofo pragmático, pues de sus obras históricas, principalmente, se refleja que el estudio de la historia tiene sentido si y sólo si nos sirve para estudiar, entender y actuar sobre el presente.

Decimoquinto. Como filósofo y enamorado de la historia y de las obras clásicas, y vestido en traje de ocasión diplomática en el estudio de su quinta rural, después de sus faenas agrícolas y la convivencia obligada con sus trabajadores —a quienes aprecia, desprecia y comprende a la vez—, Maquiavelo, el exiliado en su propio país y provincia, exulta de placer filosófico cuando entra en conversaciones tanto históricas como ahistóricas con los grandes autores del imperial y republicano pasado de Roma, y con diversos filósofos de la Antigüedad.

Estos son, quizás, los ratos más placenteros y formativos de este autor renacentista, los cuales le hacen olvidar el saludable pero tedioso ambiente rural en que es confinado en su especie de exilio provincial.

Decimosexto. A Maquiavelo le interesa, como investigador, el saber del poder, tanto como exfuncionario diplomático e intelectual, el poder del saber. Maquiavelo anhela ser llamado nuevamente al servicio público, para ejercitar sus artes como funcionario diplomático y político y para aplicar sus talentos y habilidades como *consigliero*. Así, Maquiavelo busca, en sus distintas obras, no sólo la sabiduría política sino sobre todo la eficacia política.⁷⁰

Decimoséptimo. La cosmogonía de Maquiavelo, atrás de sus métodos de trabajo e investigación, es profundamente iconoclasta de la visión medieval, y fundacionalmente renacentista y moderna. Tiene la visión opuesta a la de Juan Jacobo Rousseau, o a los románticos. Para Maquiavelo, “**el buen salvaje**” no es tal: no existe. Antes bien, prevalece una especie de *homo hominis lupus*.

El hombre es, para nuestro autor estudiado, un ser egoísta, movido por sus propios intereses y ambiciones, por sus acuerdos individualistas y grupales, por sus ambiciones y expectativas políticas, por su capricho, por su búsqueda de placer y poder y por su racionalismo utilitarista de las cosas y los hombres. El ser humano no es, en la visión maquiavélica, poderosamente impulsado por grandes ideales, sublimes aspiraciones o metafísicos dictados, sino por una predecible racionalidad política utilitarista. Más que vida eterna busca satisfacción terrena. Más que su salvación, busca su egoísta satisfacción.

⁷⁰ En este sentido, véase la *Istorie Fiorentine*, 1520-1525, de Maquiavelo. Cf. Felix Gilbert, “Machiavelli’s *Istorie Fiorentine*: An Essay in Interpretation”, en *Studies on Machiavelli*, ed. Myron P. Gilmore, Sansoni, Florencia, pp. 75-99.



La lucha política y las guerras son lados contrarios, tesis y antítesis que se confrontan situacionalmente, y las síntesis finales son impuestas por los grupos gobernantes triunfadores y sus líderes.

En la visión maquiavélica predomina entonces la visión descarnada, fría, objetiva, casi zoológica, del hombre como un ser egoísta y antropocentrista, utilitario y racionalista, antes que cualquier visión altruista o filantrópica humanista. El hombre político, *el zoon politikon*, para Nicolás Maquiavelo es un depredador político que busca beneficiarse, reproducirse y trascender con fines egocéntricos, primordialmente.

Decimoctavo. Si al parecer, de acuerdo con la visión maquiavélica, la historia es el proceso continuo de las luchas de los hombres por el poder, lo cierto es que esta lucha se articula en función de los grupos, linajes, estamentos, “**partidos**”, o “**clases**” sociales a los que pertenecen.

Maquiavelo distingue tres grupos sociales principalmente: la élite o nobleza, el pueblo o ciudadanía, y los plebeyos o clases bajas. Los intelectuales parecieran ubicarse en una pujante “**clase media**” —si así puede llamarse a este grupo especial, en el que él se encuentra— que subsiste de sus relaciones puente entre la nobleza y la ciudadanía.

Toda lucha política forma parte del gran proceso político de la formación y renovación del Estado. La lucha política y las guerras son lados contrarios, tesis y antítesis que se confrontan situacionalmente, y las síntesis finales son impuestas por los grupos gobernantes triunfadores y sus líderes.

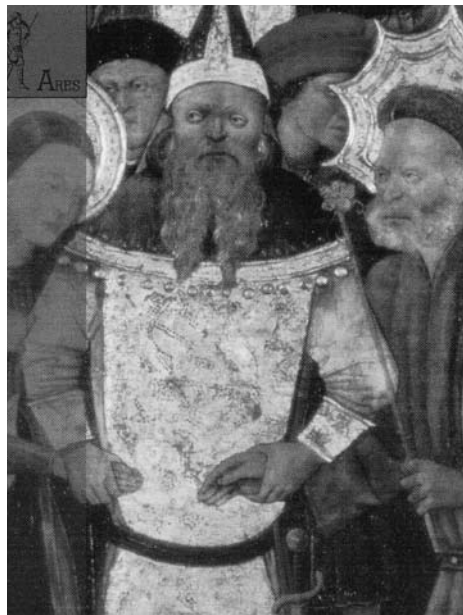
Decimonoveno. En síntesis, podríamos decir que algunas características generales del “**método maquiavélico**” podrían ser, por tanto, las siguientes:

- a) El objeto central de estudio es la política real —que no la ideal—: los hechos, conductas o acciones políticas de los hombres. La política se forma y rige, entonces, por las luchas, conflictos, guerras, pactos, convenios y gestiones destinadas a la obtención, mantenimiento y prolongación y transmisión del poder.
- b) Como fenómenos conceptuales de estudio más concretos se identifican los siguientes: el Estado, el gobierno, la república, la ciudad-Estado, el Príncipe, la política, el poder, los ejércitos, los ciudadanos, el pueblo, la ciudadanía, la nobleza, los consejeros, las guerras, las negociaciones diplomáticas, los vicios y virtudes de los gobernantes y sus cortesanos, la racionalidad del Estado, la buena y mala fortuna, el individuo como actor central de su historia, la estrategia y tácticas políticas y militares, entre otros.
- c) Categorizaciones analíticas: la historia como un proceso, el poder como *ratio finale* de las acciones y luchas de los hombres, el gobierno como un sistema regido por ciertos principios, la política como objeto de estudio independiente, la ciudad-Estado como centro de estudio, el perfil político del Príncipe y su corte, el hombre como dueño terrenal de su destino, sin consideraciones metafísicas, el hombre como ente político ego y antropocéntrico, el pueblo y la ciudadanía como actor político, la nobleza como “clase” o estamento gobernante, las tropas propias o mercenarias como mecanismos auxiliares para conservar el poder, los intelectuales como sector social distinguible, por mencionar algunas de estas categorías.
- d) Estudio de la historia política como un proceso continuo, periódico, divisible y distinguible por etapas y ciclos, explicable por sí misma y no por dioses, héroes o semidioses. Estudio científico, objetivo, de la historia y la política sin explicaciones míticas o espirituales.
- e) Uso y distinción de secuencias cronológicas y comparaciones temporales y atemporales, con saltos en el tiempo, como la comparación de Roma con otras ciudades-Estado pequeñas, en distintas dimensiones, espacios y tiempos.
- f) La consideración del azar como un elemento constante y factor interviniente en el destino humano hasta en 50 por ciento, explicable en buena parte por las circunstancias de la Italia y la Europa de su tiempo.
- g) La importancia y uso reiterado del método casuístico para ejemplificar sus exposiciones conceptuales, disectando aguda, eficaz y diligentemente las lecciones negativas y positivas, y estudiando el esquema de aciertos y errores en diferentes casos políticos, militares y diplomáticos.
- h) Por sus esquemas y métodos de estudio, y la sabia combinación de técnicas de escudriñamiento de la verdad eficaz, Maquiavelo, el distinguido ciuda-

dano italiano,⁷¹ parecería hoy en día un funcional y perspicaz historiador, politólogo, psicólogo (y especialmente psicoanalista de gobernantes), además de sociólogo, y una especie de Sherlock Holmes de la política italiana de fines del medioevo y principios del renacimiento.

- i) La autojustificación del *expertise* de Maquiavelo es sutil pero notable, aspectos que él se encarga de destacar en la entrega y dedicatoria de su obra *De Principatibus*, por ejemplo, al “**Magnífico**” Lorenzo de Médicis —y otros destinatarios de su obra, como hemos señalado—,⁷² a quien veía como un futuro Príncipe protector, que podría invitarlo nuevamente al servicio público. Veamos algunas de las principales cualidades personales que Maquiavelo se arroga, como parte de su presentación: en primer lugar, se requiere

“**una larga experiencia sobre las cosas modernas**”, para aprender las ininterrumpidas lecciones de las cosas antiguas; en segundo lugar, es necesaria la experiencia en el oficio político y la visión diplomática, que Maquiavelo cumplía muy bien, por sus casi tres lustros de experiencias en el servicio público, así como en el oficio político y diplomático; en tercer lugar, se necesita ser un buen lector de las cosas antiguas y buen intérprete de las modernas, así como un perspicaz lector de las cosas, deseos, motivaciones, acciones y conductas de los hombres; en cuarto y último lugar, para Maquiavelo es clara una cuestión: simplemente leer o conocer, o escribir, no basta, pues el talento no es suficiente hasta que no se pone en práctica, y cuando se practica, hay que hacerlo inteligente, objetiva, sabia, prudente, profesional y eficazmente, como sin duda logró hacerlo —en sus momentos propicios— este ilustre florentino y hombre clave del Renacimiento.



Maquiavelo aceptaba, no basta saber: es necesario poner en práctica y a prueba las especulaciones teóricas, particularmente en el campo de la política.

⁷¹ Mark Hulliung, *Citizen Maquiavelli*, Princeton, EUA, 1983.

⁷² Eduardo Torres Maldonado, “*De Principatibus...*”, *op. cit.*

Vigésimo. Discusión aparte, como colofón de esta investigación, es la relativa al éxito y la utilidad política de la aplicación de los principios maquiavélicos, toda vez que, como Maquiavelo aceptaba, no basta saber: es necesario poner en práctica y a prueba las especulaciones teóricas, particularmente en el campo de la política. En este campo, las opiniones están divididas. Por un lado, están aquellos que aceptan sin reservas las consejas maquiavélicas. Por otro lado, se encuentran quienes las rechazan tajantemente. Existen también las posiciones intermedias, que entendiendo y atendiendo los planteamientos maquiavélicos, proponen una visión más generosa —no romántica ni cándida— sino simplemente más optimista, de la naturaleza, el actuar y el devenir humano especialmente en los temas de estudio de Maquiavelo. Esta posición intermedia es, entonces, la que a mi juicio proporciona las mejores ventajas y mayores oportunidades en la teoría y *praxis* de la política.

Bibliografía

- Althusser, Louis. *Maquiavelo y nosotros*. Akal, Madrid, 2004.
- . *Política e historia. De Maquiavelo a Marx. Cursos en la Escuela Normal Superior, 1955-1972*. Katz, Madrid, 2007.
- Aquino, Tomás de. “Gobierno de los Príncipes”, en *Tratado de la ley. Tratado de la justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*. Porrúa, México, 1998.
- Arteaga Nava, Elisur. *De principatibus. Maquiavelo*. Trillas, México, 1999.
- . *La Constitución mexicana comentada por Maquiavelo*. Porrúa, México, 2008.
- Durkheim, Emile. *Les règles de la méthode sociologique*. Presses Universitaires de France, París, 1974.
- Felice, Renzo de. *Mussolini il rivoluzionario (1883-1920)*. Einaudi, Turín, 1995.
- . *Mussolini il fascista*. Einaudi, Turín, 1995.
- . *Mussolini l’alleato (1943-1945)*. Einaudi, Turín, 1995.
- Gautier-Vignal, Louis. *Maquiavelo*. FCE, México, 1975.
- Gilbert, Felix. “Machiavelli’s *Istorie Fiorentine*: An Essay in Interpretation”, en *Studies on Machiavelli*, ed. Myron P. Gilmore. Sansoni, Florencia.
- Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión, Madrid, 1980.
- Hullung, Mark. *Citizen Machiavelli*. Princeton University Press, Princeton, 1983.
- Joly, Maurice. *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, 2ª. ed. Colofón, México, 1992.
- Lepre, Aurelio. *Mussolini l’italiano: il duce nel mito e nella realtà*. Laterza, Milán, 1997.

Sección Doctrina

- Machiavelli, Niccoló. *The Prince*, trad. Luigi Ricci, introd. Christian Gauss. New American Library, Nueva York, 1952.
- . *The Prince*, trad. e interp. George Bull. Penguin Books, Middlesex, 1972.
- . *The Prince*, trad. e introd. Daniel Donno. Bentam Books, Nueva York, 1985.
- Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Gernika, México, 1997.
- . *El Príncipe*. Comentado por Napoleón Bonaparte, seguido de Antimaquiavelo de Federico II, corregido por Voltaire, trad., estudios preliminares y notas Juan B. Bergua. Ediciones Ibéricas, Madrid, 1971.
- . 1980. *El Príncipe*. Prefacio de Voltaire. Madrid: EDAF.
- . *Del arte de la guerra*, est. prelim., trad. y notas Manuel Carrera Díaz. Tecnos, Madrid, 1995.
- Marx, Karl. *El Capital*. FCE, México, 1977.
- Orozco, José Luis. *El siglo del pragmatismo político*. UNAM /Fontamara, México, 2004.
- Rousseau, Juan Jacobo. *El contrato social. Principios de derecho político*. Porrúa, México, 2002. (“Sepan Cuantos...”, 13).
- Ruffo-Fiore, Silvia. *Niccoló Machiavelli: An Annotated Bibliography of Modern Criticism and Scholarship*. Greenwood Press, Nueva York, 1990.
- Skinner, Quentin. *Maquiavelo*. Alianza Editorial, Madrid, 2008.
- Torres Maldonado, Eduardo José. “*De Principatibus*: exégesis, paráfrasis, análisis y síntesis de las opiniones y consejos de la obra clásica de Nicolás Maquiavelo”, en *Reflexiones*. CIDE. No. 8, México.
- Torres del Moral, Antonio. “La obra y el método de Maquiavelo: una teoría de y para la acción política”, *Revista de Derecho Político*. Universidad de La Rioja. No. 30. España, 1989.
- Weber, Max. “La política como vocación”, en *El político y el científico*, trad. Francisco Rubio Llorente, introd. Raymond Aron. Alianza Editorial, Madrid, 1977.

Cibergrafía

<http://www.personal.able.es/cm.perez/delartedelaguerra.htm>

<http://www.ciudadpolitica.com/modules/news/article.php?storyid=243>